



CLÁSICOS DEL SIGLO XX

Emigrantes épicos

Justo Navarro (El País, 14 noviembre 2002)

La naturaleza manda: sequía y tormentas de polvo en Oklahoma, lluvias arrasadoras en California, ejércitos de maleza y alimañas y hormigas, vientos gimoteantes. Tiene una visión humanizada de la naturaleza John Steinbeck, estudiante de biología en su juventud, y los hombres de Steinbeck también son un temible poder natural, contra los mismos hombres. Los aparceros de Oklahoma, "odios" los llamarán quienes los desprecian, están siendo expulsados de su tierra por el polvo y los bancos y sus sociedades anónimas. Es el principio de *Las uvas de la ira* (The grapes of wrath, 1939), película de John Ford y Premio Pulitzer en 1940, y luego sólido fundamento del Premio Nobel concedido a John Steinbeck en 1962.

Los Joad, una familia de abuelos, padres, tres hijos, dos hijas, un yerno y un tío viudo, pierden su parcela de 40 acres cuando aparecen los tractores: un solo tractor expulsa a 12 familias. El chófer del tractor usa guantes, gafas y mascarilla de goma, como si sometiera a la tierra a una operación quirúrgica, a una violación, dice Steinbeck, cronista de la mecanización del campo y el éxodo de los aparceros hacia el Oeste. Son los años treinta, después de que un presidente



republicano proclamara el fervor del capitalismo puro: la empresa de los Estados Unidos de América son sus empresas. El presidente del hundimiento de la Bolsa en 1929, Hoover, tuvo el honor de dar nombre a lo que la gente llamó "hoovervilles", escenario de *Las uvas de la ira*, campamentos de emigrantes en cubículos de lona y cartón vigilados por policías contra el peligro rojo (un rojo, según un terrateniente de esta novela, es el que pide 30 cuando estamos pagando 25).

La historia de Estados Unidos parece el sueño de un viaje inacabable pero cada vez más cerrado, más estrecho. Los Padres Peregrinos desembarcan en Plymouth en 1620 para fundar un orden nuevo en una tierra prometida, como los israelitas y Moisés. Los colonos de las primeras décadas del siglo XIX buscan el Oeste, barren a los indios y los mexicanos de California. Los negros de los campos del sur llegan a las fábricas del norte a principios del siglo pasado, odisea sin

literatura, pero recordada por la Serie de la Migración del pintor Jacob Lawrence. John Steinbeck noveló la fuga de los aparceros "odios" hacia el paraíso californiano, tierra de vino, leche y miel, bíblica: las aventuras de la familia Joad y el destino del joven Tom, Henry Fonda en el cine, recién salido de la cárcel donde cumplía condena por matar en una pelea de baile, en libertad bajo palabra. Ha roto su compromiso con la ley para seguir a su familia en fuga de la muerte por hambre.

La carretera 66 atraviesa *Las uvas de la ira*: gasolineras y hamburgueserías con música de Bing Crosby, el último modelo de automóvil aerodinámico y las camionetas contrahechas y atiborradas de los 300.000 emigrantes, gente que coge agua, ensucia, no gasta, mendiga, roba, degenerada y bestial, fuente de enfermedades. ¿Te gustaría que tu hermana saliera con uno de ellos? La peripecia de los Joad se alterna con capítulos que funcionan como reportajes de la época, con protagonistas anónimos, porque los Joad pueden ser cualquiera, incluso una tortuga que avanza imperturbable hacia el noroeste. Entonces el demócrata Roosevelt decidió considerar el arte entre las obras públicas de su gobierno, y escritores, pintores y fotógrafos recorrieron el país levantando acta de la vida americana. Quedan las fotos de Walker Evans y Dorothea Lange: a ese mundo pertenece *Las uvas de la ira*.

Steinbeck nombra ciudades y Estados, Clarksville, Van Buren, Amarillo, Vega, Purcell..., como una música de fondo, de Oklahoma a California, donde espera un inmenso jardín y un guarda con escopeta por si tocas la fruta. No hay final: no termina el viaje cuando alcanzamos los valles fertilísimos y la última página. 'Nadie llega al cielo', decía un personaje de *Sobre ratones y hombres*, la otra obra maestra de Steinbeck. Hay una religiosidad brutal, caricaturesca, en esta historia: cruzamos el río Colorado como los israelitas que huían de Egipto cruzaron el río Rojo; alguien pronuncia al caer las

GRUPO A

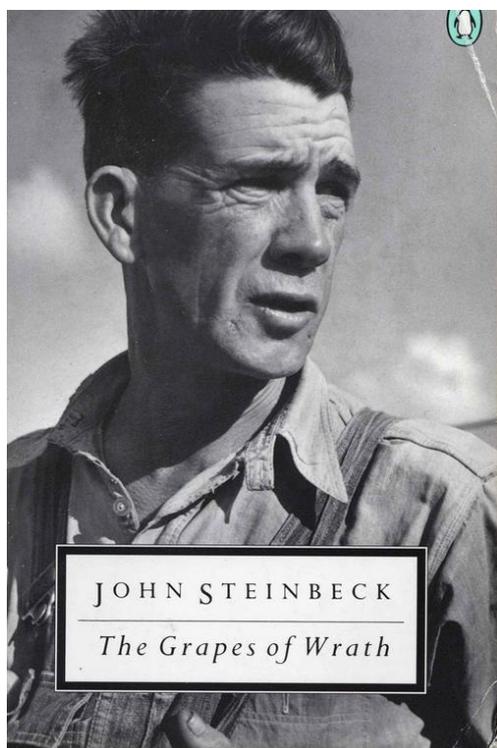


palabras de Cristo en la cruz; dejan a un niño en las aguas, como a Moisés, pero el niño está muerto; en una Piedad dislocada un hombre que se muere de hambre es amamantado por la mujer que ha perdido a su hijo en el parto. El título, *Las uvas de la ira*, está escrito en el Apocalipsis, 'Y Dios se acordó de la Gran Babilonia para darle la copa del vino del furor', y en el Himno de la Batalla de la República, de la Guerra de Secesión, 'Mis ojos han visto la llegada del Señor, que pisoteará las uvas de la ira', como si la historia de los Estados Unidos fuera una parte de la Historia Sagrada.

El sucio siglo de John Steinbeck

Javier Aparicio Maydeu (El País, 28 diciembre 2002)

El centenario del nacimiento del Nobel californiano (1902-1968) se cierra con la recuperación de algunas de sus obras imprescindibles como *Al este del Edén*, *De ratones y hombres* y *La perla*. Una oportunidad para leer a un clásico, a un escritor de la denuncia de la injusticia social y la ruindad moral, y modelo de análisis de la naturaleza humana.



Eligió el lado de los malditos, el de las víctimas de un sistema inmisericorde, y a ellos les consagró Steinbeck su obra entera, denunciando con ruido y con furia los desafueros de un tiempo de injusticia social y ruindad moral. "¡Al diablo este podrido siglo! ¡Cerrémoslo como si fuese un libro, y sigamos leyéndolo!", grita el narrador de esa epopeya formidable que es *Al este del Edén* (1952), reeditada ahora por Tusquets, en esforzada traducción de Vicente de Artadi, a tiempo para cerrar este año de conmemoraciones y de felices desagavios a su obra inmensa, como la publicación, en septiembre, de *El invierno de mi desazón* (El Aleph, 2002), su última novela, que seguía inédita aquí. Bienvenida sea otra vez *Al este del Edén*, que ilumina la tiniebla en la que habita la condición humana, nueva vuelta de tuerca al motivo central de Steinbeck, el viaje catártico, el individuo peregrino en busca de sí mismo. Pero bendito sea James Dean, que desde la cubierta de la edición de Tusquets nos recuerda que mientras el mundo sea mundo la estirpe de los rebeldes, a la que pertenece el Nobel californiano, luchará por todos nosotros contra el conformismo y la degradación de la que somos víctimas y culpables a un tiempo. El entrañable exordio primaveral con el que arranca *Al este del Edén*, con paisajes arcádicos inspirados en páginas de su admirado Jack London, ya presagia, por antítesis, el oscurecimiento de la trama y la irrupción del individuo corrupto sobre la naturaleza virginal, y la descarnada historia cainita que cuenta *Al este del Edén*, sus bíblicas advertencias al

lector de la necesidad de escarbar en las conductas hacen que esta reedición no quede en mera contribución a la oportunidad del centenario de Steinbeck, sino en insoslayable invitación a leer un clásico de esta magnitud, modelo de análisis de la naturaleza humana conforme a los cánones del naturalismo, poniendo de nuevo la novela al alcance del lector.

Del compromiso a ultranza del autor de *Las uvas de la ira* con la dignidad del ser humano dan asimismo fe dos de sus más afamadas obras, reeditadas ahora por Edhasa. La primera, *De ratones y hombres* (1937), impagable duelo de la solidaridad frente al desprecio, narra las andanzas entrañables del tierno subnormal Lennie y su compinche, el ingenioso George, por los desolados paisajes de la Gran Depresión, hermanados por la amistad tanto como por la influencia de Mark Twain. *La perla* (1947) retrata al pescador Kino que, enceguecido por la perla, se muestra incapaz de advertir el abismo al que le empuja su ambición. El lector más distraído advierte enseguida que se trata de una fábula perfecta, dedicada a uno de sus temas recurrentes, el mal, y escrita con recursos propios del expresionismo, en la que hasta la última palabra adquiere una trascendencia sublime, una extraña simbología trágica. Frente al narrador megalómano, descubrirá el lector a un Steinbeck radicalmente distinto en *Hubo una vez una guerra* (1958), la colección de reportajes y artículos sobre la Segunda Guerra Mundial que el autor fue publicando en The New York Herald



Tribune, y que Edhasa rescata ahora ofreciéndonos una jugosa perspectiva desde la que seguir contemplando al genio de Salinas. Lejos de los esbozos coloristas de las crónicas de Hemingway, Steinbeck ofrece aquí estampas y paisajes para después de una batalla, textos viscerales cercanos en su contundencia crítica a las piezas contestatarias de Gore Vidal, y que en cualquier caso constituyen una sorpresa en verdad estimulante.

Acusado de incurrir en el melodrama, tachado de popular por no servirse de las audacias formales de la vanguardia, como hicieran Dos Passos o Faulkner, Steinbeck tuvo siempre que lidiar con renuencias y desaires de la élite, pero sí triunfó en Hollywood, reeditó hasta la saciedad y su influencia se ha mantenido vigente en incontables narradores - acaba de publicarse *Al sur del Edén*, suerte de memorias del conspicuo David Mamet, RBA, 2002-, tal vez es porque generaciones de lectores lo han venido secundando en su ferviente defensa de la literatura como bálsamo contra la corrupción, convencidos como él de que "con cada una de las victorias del intelecto humano sanamos de algún género de dolor o de desorden incomprensido".

La grandeza de la obra de John Steinbeck redime al autor del odio que levantó en EE UU

Enric González (El País, 28 febrero 2002)

El pueblecito californiano de Salinas y el condado de Monterrey no han cambiado: como en los años treinta, hay terratenientes, lechugas e inmigrantes. Lo que ha cambiado es la gente. Los nietos de quienes quemaban los libros de John Steinbeck, la figura más célebre y odiada del lugar, hacen ahora festejos en el National Steinbeck Center, la mayor atracción turística de Salinas. Y ayer celebraron con un banquete el centenario de Steinbeck (1902-1968), un escritor que sigue envuelto en polémicas y cuyo recuerdo marcará este año en Estados Unidos.



John Steinbeck situó en Monterrey algunas de sus novelas más importantes, como *Las uvas de la ira* y *Al este del edén*. Nació allí, el 27 de febrero de 1902, hijo del tesorero del condado y de la maestra, en un ambiente de granjeros ricos. Pero Steinbeck se negó a ver las cosas como las veían sus familiares. En lugar de percibir la prosperidad verde de las lechugas y la riqueza plateada de las sardinas en conserva, se obstinó en fijarse en los trabajadores agrarios, mexicanos y "odios" (los blancos que habían abandonado el Medio Oeste por la sequía y la depresión), y en la injusticia social básica sobre la que se construía la feliz riqueza de los terratenientes.

Nunca cayó simpático a sus conciudadanos, y la publicación de *Las uvas de la ira* (1938) le convirtió en un proscrito social. 'Los insultos de los terratenientes y los banqueros son bastante malos y empieza a asustarme el poder de todo esto', escribió en aquel momento. 'La histeria sobre el libro sigue creciendo'. Nadie aceptaba alquilarle una oficina, nadie le saludaba y en la oficina de racionamiento le maltrataban cuando intentaba conseguir combustible y leña. 'El sheriff le advirtió de que su vida corría peligro y le aconsejó que llevara un arma encima', recordó ayer Thom Steinbeck, su hijo mayor. 'La gente consideraba que Steinbeck había traicionado a su pueblo y a su clase social y se organizaron varios actos en los que se quemaron públicamente sus libros. Ahora, en cambio, se le considera un héroe. La gente ha cambiado', añadió el hijo, que participó en la comida celebrada en la Steinbeck House, el edificio victoriano en el que nació el escritor, hoy restaurante y centro cívico.

Herencia

Las familias que alimentaban hogueras con *Las uvas de la ira* acabaron donando 13,5 millones de dólares (15,5 millones de euros) para la construcción del National Steinbeck Center, que atrae 100.000 visitantes al año desde su inauguración, en 1998. 'A los hijos y los nietos de los terratenientes sobre los que escribió Steinbeck les ha costado bastante tiempo valorar la herencia del escritor', dijo Kim Greer, directora del centro. 'El valle tiene el mismo aspecto



Tertulias Literarias

que cuando él vivía, aún importamos la mano de obra y los inmigrantes siguen en lo más bajo de la escala social; la diferencia es que sus hijos pueden estudiar y abandonar el campo', comentó Greer.

Thom Steinbeck afirmó que a su padre no le habría gustado el National Steinbeck Center ('fantasearía con ponerle una bomba', bromeó) ni la gran celebración de su centenario: 'No se consideraba un artista, sino un artesano, y detestaba estas pompas'.

Steinbeck acabó detestándolo casi todo. California, en primer lugar. 'California ya no es mi país', le escribió a su editor Pascal Covici, 'y no volveré nunca'. También detestaba a los críticos, que en su mayoría le despreciaban, cosa que siguen haciendo. En 1962, cuando recibió el Premio Nobel de Literatura, la reacción de la crítica fue negativa. Se le consideraba un escritor sentimentaloides y torpe, cuyo trabajo de las anteriores dos décadas carecía de mérito. Fue un héroe para millones de trabajadores que habían sufrido la gran depresión y la derecha llegó a acusarle de



filocomunista; su hijo asegura que las ventas de sus libros, que este año rondarán los dos millones de ejemplares en todo el mundo, aumentan sensiblemente en época de desempleo alto, o cuando las grandes corporaciones capitalistas se comportan de forma especialmente infame. Sin embargo, al final de su vida fue desposeído incluso de su aura izquierdista. Apoyaba al presidente Lyndon Johnson y era partidario de la guerra de Vietnam: bastaba con eso para concentrar el odio del progresismo a mediados de los sesenta. Cuando murió, en Nueva York, el 20 de diciembre de 1968, se le tenía ya por una figura del pasado. Él pidió, pese a todo, que sus cenizas fueran depositadas en el cementerio de Monterrey.

La crítica no le ha perdonado todavía. Harold Bloom, autor de *El canon occidental* y gran guru de la literatura estadounidense, no le incluyó en su lista de escritores significativos, y afirmó que *Las uvas de la ira* es un libro mediocre, inferior a la película que sobre él dirigió en 1940 John Ford y convertido con el tiempo en 'una obra políticamente correcta'. 'Es triste, pero Steinbeck no consiguió sacarse de la cabeza la música de Ernest Hemingway; uno no puede leer tres párrafos de Steinbeck sin pensar en un Hemingway mal escrito', declaró Bloom. El imperecedero desdén de los grandes críticos contrasta con el éxito popular de Steinbeck, 40 años después de recibir el Nobel y 34 después de que, a su muerte, se le diera por casi olvidado. Los jóvenes son la clave del actual tirón. 'Cuando tratamos con universitarios de primera generación, y hay muchos de ellos, necesitamos proporcionarles textos que sean capaces de leer completos, y con los que puedan conectar. Steinbeck funciona de maravilla. Tiende a la izquierda, como la mayoría de los estudiantes, resulta accesible al dramatizar los problemas sociales y no escatima los recursos sentimentales', declaró Laura Browder, profesora en la Virginia Commonwealth University y directora de un curso sobre redacción creativa.

Steinbeck: un Nobel 'al este del Edén'

'El escritor declara y celebra la capacidad del hombre para la grandeza de corazón y del espíritu'. Así recibía Steinbeck el Nobel. Junto a su consagración, obtuvo 50.043 dólares. Profeta de los sin voz de la primera gran crisis financiera, su obra cobra actualidad ante la situación económica

En una ocasión le pidieron a John Steinbeck datos para redactar su biografía. El Nobel, sin dudar, afirmó: 'Por favor, obre con libertad para encajar sus ideas sobre mí según sus propias necesidades'. En este breve artículo intentaremos actuar en consecuencia con dicha afirmación.

El autor fue el sexto norteamericano en hacerse con el Nobel. Sus admirados Faulkner y Hemingway se hallaban entre sus predecesores. Junto a ellos, ocupa un lugar preeminente en la novela norteamericana del siglo pasado. Con el segundo comparte, además, una interesante vertiente: su faceta periodística. Si Hemingway siguió la guerra civil española, Steinbeck hizo lo propio con el conflicto de Vietnam. Su apoyo a la política exterior de Kennedy y Johnson implicaba su respaldo a la contienda, que cubrió como corresponsal y en la que su único hijo, Thomas, fruto del



Tertulias Literarias

segundo de sus tres matrimonios, se hallaba entre los combatientes. Tal determinación ensombreció injustamente su merecida concesión del Nobel. La izquierda americana, acostumbrada a la actitud de lucha del escritor, confeso denunciante del capitalismo y gran defensor de la libertad de oportunidades, creyó vislumbrar en dicha actitud una flagrante traición.

Pero el autor, ya en la recta final de su vida (su adicción al tabaco le llevó a la muerte tan solo seis años después de su triunfo), hizo caso omiso de las críticas.

Fue un hombre consecuente, un símbolo de la literatura de protesta social cuyos orígenes y trayectoria determinaron su visión del pueblo americano: era hijo de madre maestra, que le inculcó el amor por las letras, y de padre encargado de un molino de trigo. Así, desde temprana edad estaba conectado con la sociedad proletaria estadounidense. Se graduó en secundaria pero abandonó sus estudios en la Universidad de Stanford en 1926, con tan solo 24 años y llevó una vida bohemia y errante.

En 1936, tras darse a conocer con la novela de temática social *En lucha incierta*, es fichado por el redactor jefe del The San Francisco News para escribir una serie de reportajes que le consagran como el gran reportero de la América profunda. Es enviado a cubrir la situación que recibían los inmigrantes que llegaban a California a trabajar en la industria de la fruta. En una serie de siete reportajes dará testimonio de cómo son humillados por parte de los grandes terratenientes californianos, pero también por los matones que sacaban provecho de su situación o por la propia policía. Todo un ejemplo escalofriante de la barbarie que caracterizaba al más cruel e inhumano capitalismo. El joven reportero cubre como nadie la penuria y extrema pobreza a la que son arrojados los desposeídos de todo el país que, víctimas de la Gran Depresión, peregrinan en busca de trabajo. De esta experiencia surgiría su obra maestra *Las uvas de la ira* (1939), que ganaría el Pulitzer al año siguiente y sería llevada al cine por John Ford con Henry Fonda en el papel protagonista.



En 1943 retomaría su trabajo periodístico al cubrir como corresponsal especial del The New York Herald Tribune el frente en Inglaterra durante la II Guerra Mundial. En estos artículos, en los que homenajea la resistencia del pueblo británico, debemos destacar el sentido del humor, mencionado al concederle el Nobel. Así, en sus crónicas se atrevería a afirmar sobre la legendaria 'Lili Marlene', 'sería gracioso que esa fuera la única contribución de los nazis al mundo'.

Steinbeck escribió veintisiete obras en total, entre ellas dieciséis novelas, seis libros de no ficción y cinco colecciones de relatos. *De ratones y hombres* (1937) fue la tragedia que marcó su trayectoria como testimonio de la Gran Depresión. *Las uvas de la ira* se considera su obra cumbre, con imágenes inolvidables para todos aquellos que hemos disfrutado de su lectura, mientras que *Al este del Edén* (1952), debut cinematográfico de James Dean, fue su favorita.

En 1960, Steinbeck tuvo un presentimiento, compró una furgoneta a la que bautizó 'Rocinante' en honor a Don Quijote y junto a su fiel caniche, Charley, recorrió América, desde su tierra natal California, hasta Maine, Montana, Tejas, Luisiana y de regreso a su casa en Long Island. De esa vivencia surgió uno de sus últimos libros, *Viajes con Charley*, con el significativo subtítulo *En busca de América*. Esa obra fue, según testimonio de su único hijo, su despedida final del país que tanto amó.



John Steinbeck, la voz de los oprimidos

Alfredo Bryce Echenique (La Nación, Lima 2003)

El autor de *Las uvas de la ira* denunció en sus cuentos y novelas las injusticias que sufrían los trabajadores de los Estados Unidos y el espejismo del "sueño americano"

Cuando John Steinbeck describe en sus obras las míseras condiciones de vida de los trabajadores de los Estados Unidos durante la década de los treinta, lo hace con el crédito que le proporciona haber trabajado con sus manos durante la época de la Depresión norteamericana. Algunos de los oficios que se le conocen son: marinero, campesino, carpintero, mozo de rancho, cargador de muelle, vigilante de un club nocturno... Un abultado bagaje que lo dotó de la experiencia suficiente para denunciar sin tapujos la injusticia a la que estaban sometidos millones de seres que trabajaban en condiciones inhumanas. La América rica y opulenta esclavizaba a la América pobre. Los bancos y las grandes compañías, buscando la rentabilidad por encima de todo, actuaban sin escrúpulos con los más desfavorecidos, expulsándolos de las tierras que cultivaban o utilizándolos para sus intereses mercantilistas.

La época enmarcada entre la Depresión de 1929 y el estallido de la Segunda Guerra Mundial es el período más fértil de Steinbeck. Durante esta década produce algunas de sus mejores y más famosas narraciones, cimentadas en la denuncia social y en su toma de partido por los oprimidos: *Tortilla flat* (1935), *En dudoso combate* (1936), *De ratones y de hombres* (1937), *El pony rojo* (1937), *The long valley* (1938). Son escritos que rezuman el sentimiento ético y la



indignación del autor y que culminarían en *Las uvas de la ira* (1939). La publicación de esta última novela se vio envuelta de revuelos protagonizados por iracundos ciudadanos norteamericanos que no compartían la visión de América que ofrecía Steinbeck y que organizaron hogueras donde arrojaron algunos ejemplares de la obra. La mecha se apagó y aquel mismo año de 1939 le fue concedido el Premio Pulitzer. Esta primera etapa literaria de Steinbeck, caracterizada por la denuncia social, es la que le valdrá el Premio Nobel.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Steinbeck se dedicó a oficiar como periodista para la Oficina de Información de la Guerra y su, hasta entonces, postura crítica con el sistema, se vio claramente suavizada. A esta época pertenece *La luna se ha puesto* (1942), una novela corta de talante antifascista. Literariamente también se inclina hacia novelas de corte más tradicional, como *Al este del Edén* (1952), que Elia Kazan llevó al cine y que popularizó a James Dean. Pero, a la vez, sigue produciendo novelas cortas, más innovadoras, como *La perla* (1942), que narra poéticamente el drama de los buscadores de perlas y la estafa sistemática producida por los traficantes.

Parte de la crítica considera a Steinbeck mejor cuentista que novelista; sin embargo, la dimensión ética de sus obras es la que pasará, sin duda, a la posteridad.

"La tortuga caminaba taciturna siempre hacia el oeste". Esta frase resume el capítulo tercero de *Las uvas de la ira*. La representación poética y alegórica de la tortuga sintetiza espléndidamente la novela más conocida de Steinbeck. Al igual que la tortuga, la familia Joad decide dejar las plantaciones de algodón que cultivan en Oklahoma y emprender un largo y angustioso camino hacia el oeste. La determinación y la constancia de los Joad son comparables a la perseverancia de la tortuga.

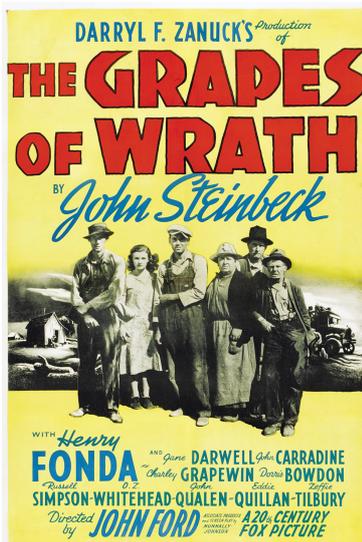
La novela es una crónica del recorrido a través de la ruta 66, desde las tierras de Oklahoma hasta California, en busca de unas mejores condiciones de vida. Pero la idílica tierra de promisión de los Joad no es tal, y pronto se darán cuenta de que el viaje prometido no los conducirá al soñado bienestar, sino a trabajar como jornaleros. La América opulenta, de la que disfrutaban unos pocos, esclaviza a la otra América pauperizada. Pero los pobres de Steinbeck no son negros, ni



latinos, sino rigurosamente americanos, blancos pobres en busca de un futuro mejor. Steinbeck presenta sin rodeos la cruda realidad y consigue que el sueño americano se transforme en una mera utopía.

Este peregrinaje por la ruta 66 es algo más que mero nomadismo: el camino hacia California es también un recorrido interior. Un itinerario que los personajes han de recorrer en busca de sí mismos, escudriñando su trayectoria personal.

El desengaño y la desilusión provocan desenlaces particulares para cada uno de ellos y la familia Joad irá paulatinamente desintegrándose. Todo un clásico que John Ford llevó al cine con éxito en 1940.



Sobre a versión cinematográfica de John Ford (disponible na Biblioteca Central Rialeda e nas bibliotecas de Santa Cruz e Mera):

- Reseña de José María Caparrós (Catedrático de Historia Contemporánea e Cine da Universidade de Barcelona) sobre a versión cinematográfica de John Ford: http://www.culturahistorica.es/uvas_ira.html
- Reseña na Revista Dixital Claqueta sobre a versión cinematográfica: <http://www.claqueta.es/1940-1942/las-uvas-de-la-ira-the-grapes-of-wrath.html>

Fontes:

http://elpais.com/diario/2002/12/28/babelia/1041035965_850215.html

http://elpais.com/diario/2002/11/14/cultura/1037228410_850215.html

http://elpais.com/diario/2002/02/28/cultura/1014850802_850215.html

<http://www.lavanguardia.com/hemeroteca/20121025/54353337168/john-steinbeck-nobel-literatura-premios-1962-norteamerica-las-uvas-de-la-ira-al-este-del-eden.html>

<http://www.lanacion.com.ar/507042-john-steinbeck-la-voz-de-los-oprimidos>

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org

Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>